

DESEMBARCO DE LASCIVIA

—Acostémosle—dijo otro.—No debe ir á bordo en tal estado.

Y como aun tenía dinero en el bolsillo, lo cual aseguraba que al día siguiente no se iría sin pagar, la dueña del establecimiento le ofreció una cama, y sus compañeros le llevaron en hombros hasta la alcoba de Francisca, donde los dos hermanos acabaron de pasar la noche llorando amargamente.

Especulaciones amorosas.

I

- ¿Qué se hizo Leremy?
- Es capitán en el sexto de dragones.
- ¿Y Puisón?
- Suprefecto.
- ¿Y Racollét?
- Murió.

Buscábamos otros nombres que nos recordaran á los compañeros de nuestra juventud, que no habíamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia,

cia, ya calvos ó encanecidos, con mujer propia y abuntante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

—Y Prudencio, el gran Prudencio?

Lancé una especie de alarido:

—¡Ah! En cuanto á éste... La historia es larga. Escucha. Estaba yo, hace cuatro años, haciendo la visita de inspección en Limoges, y mientras aguardaba la hora de comer me aburría solemnemente, sentado en el café de la plaza del Teatro. Los comerciantes entraban por grupos de dos, tres ó cuatro, á tomar el vermouth ó el ajenjo, hablando en voz alta de los negocios, riendo estrepitosamente, y bajando el tono para comunicarse cosas importantes y delicadas.

Yo me decía: «¿Qué haré después de comer?»

mer?». Y me horrorizaba pensando en lo interminables que resultan las noches en una provincia, en el vagar pausado y siniestro á través de las calles desconocidas, en la tristeza abrumadora que al viajero solitario comunican los transeuntes, extraños á él en todo y por todo: por la hechura del traje, por la forma del sombrero, por sus costumbres y por su pronunciación; tristeza penetrante que se desprende también de las casas, de las tiendas, de los coches, de los ruidos ordinarios del tráfico; tristeza desgarradora que nos hace apresurar poco á poco el paso, como si estuviésemos perdidos en un país peligroso y opresor, que nos hace desear el hotel, el abominable hotel, cuyas habitaciones guardan un vaho pestilente, cuyo lecho hace reflexionar y estremecer, cuyos lavabos conservan cabellos y grasa de otros huéspedes.

Pensando

Pensando en todo esto, veía encender las luces de gas y sentía en aumento mi desolación y angustia á medida que cerraba la noche. ¿Qué haría yo después de comer? Me hallaba solo, enteramente solo y despistado.

Un señor gordo fué á sentarse junto á la mesa próxima, y ordenó con voz formidable:

—Mozo, mi witter.

El *mi*, sonaba en la frase como un cañonazo. Comprendí enseguida que todo era suyo, muy suyo en la existencia, y no de otro; que tenía *su carácter, su apetito, su pantalón, su «no importa qué»*, de un modo especial, absoluto, propio, más completo que cualquiera. Luego, miró en torno, con expresión de hombre satisfecho. Le trajeron su witter, y pidió:

—Mi periódico.

Yo me preguntaba: «¿Cuál puede ser su periódico?»

periódico?» El título bastaría para revelar-me sus opiniones, sus teorías, sus principios, sus manías y sus simplezas.

El mozo le llevó *El Tiempo* y quedé sorprendido, porque *El Tiempo* es un diario serio, doctrinal, reposado. Y pensé: «Será un hombre prudente, de buenas costumbres, de hábitos regulares, un buen burgués al fin.»

Montó en su nariz sus lentes de oro, y antes de comenzar su lectura, extendió de nuevo la mirada en torno suyo. Reparando en mí, se puso á examinarme con tal insistencia que ya me iba cargando; y me disponía á interrogarle duramente cuando exclamó:

—¡Caracoles! Me parece tener delante á Gontran Lardoys.

Le respondí:

—Sí, caballero; soy ese que usted nombra.

Se

ESPECULACIONES AMOROSAS

Se levantó bruscamente, acercándose con los brazos extendidos.

—¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo estás? Algo sorprendido, sin reconocerle, dije:

—Bien... gracias... ¿Y usted

Soltó la carcajada.

—Juraría que no me recuerdas.

—No... la verdad... Y sin embargo, me parece...

Me puso una mano en el hombro.

—Basta de bromas. Yo soy Prudencio Robert, soy tu amigo, tu camarada.

Entonces le reconocí y le estreché las manos que me tendía.

—¿Y tú, cómo estás?

—Yo, divinamente. ¿Qué haces por aquí?

Le dí cuenta de mi visita de inspección.

—No estarás descontento de tu suerte?

—No del todo, ¿y tú

Con aire de triunfo me respondió:

—Yo estoy como el pez en el agua.

—¿A

GUY DE MAUPASSANT

—¿A qué te dedicas?

—A los negocios.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho; estoy muy rico. Mañana si quieres te daré de almorzar en mi casa, calle del Gallo, núm. 17. Ya verás que instalación.

Creí verle dudar un momento; luego prosiguió:

—¿Eres tan alegre como antes?

—No he variado.

—¿Ni te casaste?

—No.

—Hiciste bien. ¿Y te gustan como siempre los jolgorios y las patatas?

Me iba resultando deplorablemente vulgar. A pesar de todo le respondí:

—Me gustan como siempre.

—¿Y las guapas mozas?

—Más que nunca.

Rióse muy satisfecho, y dijo:

—Mejor

—Mejor que mejor. ¿Recuerdas nuestra primera locura en Burdeaux? ¡Qué noche! En efecto, recordé aquella y otras posteriores. Reimos. El golpeaba la mesa con los puños, yo le pregunté bruscamente:

—Y tú no te casaste?

—Sí, hace diez años; y tengo cuatro criaturas hermosísimas. Ya las verás mañana y á su madre también.

Hablábamos á voces; los parroquianos del café nos miraban sorprendidos.

De pronto mi amigo miró la hora en su reloj, un cronómetro inmenso, y exclamó:

—¡Caracoles! Mucho lo siento, pero necesito dejarte porque tengo que hacer esta noche.

Se levantó estrechándome las manos y sacudiéndolas como si quisiera arrancarme los brazos, dijo:

—Hasta mañana, ya lo sabes; á medio día.

Pasé

Pasé la mañana trabajando con el Interventor de Hacienda que me convidó á almorzar; pero le dije que tenía cita con un amigo. Salió acompañándome y le pregunté:

—¿Sabe usted donde está la calle del Gallo?

—Sí; está un poco lejos, yo le guiaré. Y nos pusimos en camino.

II

Era una calle ancha, hermosa, que se abría en un extremo de la ciudad. El número diez y siete correspondía á una especie de hotel con jardín. La fachada adornada con frescos al estilo italiano, me pareció de mal gusto. Veíanse diosas, reclinadas sobre urnas, otras entre nubes que

ESPECULACIONES AMOROSAS

que ocultaban sus íntimas bellezas. Dos amorcillos de piedra sostenían el número.

—Esta es la casa.

Sorprendido al oírme, el Interventor de Hacienda hizo un gesto brusco y singular, pero no dijo nada, estrechando la mano que yo le ofrecí.

Llamé. Salió una criada.

—¿El señor Robert, vive aquí?

—¿Desea usted hablarle?

—Sí.

El vestíbulo estaba elegantemente adornado con pinturas debidas al pincel de un artista local. Pablo y Virginia se besaban á la sombra de las palmeras bañadas en rojiza claridad. Una linterna oriental y antipática colgaba del techo. Varias puertas estaban ocultas bajo colgaduras llamativas.

Pero lo que más me chocaba de todo, era

GUY DE MAUPASSANT

era el olor. Un olor nauseabundo y perfumado, que recordaba los polvos de arroz y el moho de las cuevas. Un olor indefinible en una atmósfera pesada, abrumadora como de las estufas. Subí siguiendo á la criada por una escalera de mármol revestida con una alfombra de género oriental y me introdujeron en un salón suntuoso.

Solo allí miré lo que me rodeaba. Los muebles eran ricos, pero no elegantes y denotaban una pretensión excesiva. Grabados del siglo 18 representando mujeres muy peinadas y casi desnudas, sorprendidas en actitudes interesantes por caballeros galanteadores; una señora echada en un lecho desordenado daba con el pie á un perrillo envuelto entre las sábanas; otra resistía dulcemente á su amante cuya mano se ocultaba debajo de los vestidos; un dibujo presentaba cuatro pies, cuyos cuerpos

pos se adivinaban ocultos detrás de una cortina. El salón estaba rodeado de anchos y muelles divanes y todo él impregnado en el olor enervante y molesto que me dió en las narices desde el vestíbulo. Algo de sospechoso y repugnante se revelaba en los muros, en las colgaduras, en los muebles, en todo.

Me acerqué á la ventana para mirar al jardín que se extendía á la espalda del hotel. Era grande, bien sombreado y soberbio. Un ancho paseo rodeaba un macizo de verdura en cuyo centro había un surtidor.

De pronto, entre los arbustos, aparecieron tres damas, andando lentamente cogidas por el brazo, cubiertas con largos peinadores blancos llenos de encajes.

Dos eran rubias, y la otra morena. Luego volvieron á desaparecer entre los árboles. Quedé sobrecogido, encantado ante aquella

aquella breve y agradable aparición, que hizo surgir en mí todo un mundo poético. Ellas se habían mostrado apenas, á una luz conveniente, entre los verdores del ramaje en el jardín secreto y delicioso. Habían evocado en mi memoria las hermosas damas del siglo XVIII, vagando á la sombra de los caranillos, aquellas hermosas damas, cuyos ligeros amores recordaban los galantes grabados del salón. Y envidié aquel tiempo dichoso, florido, espiritual y tierno, en que las costumbres eran tan plácidas y las caricias tan fáciles...

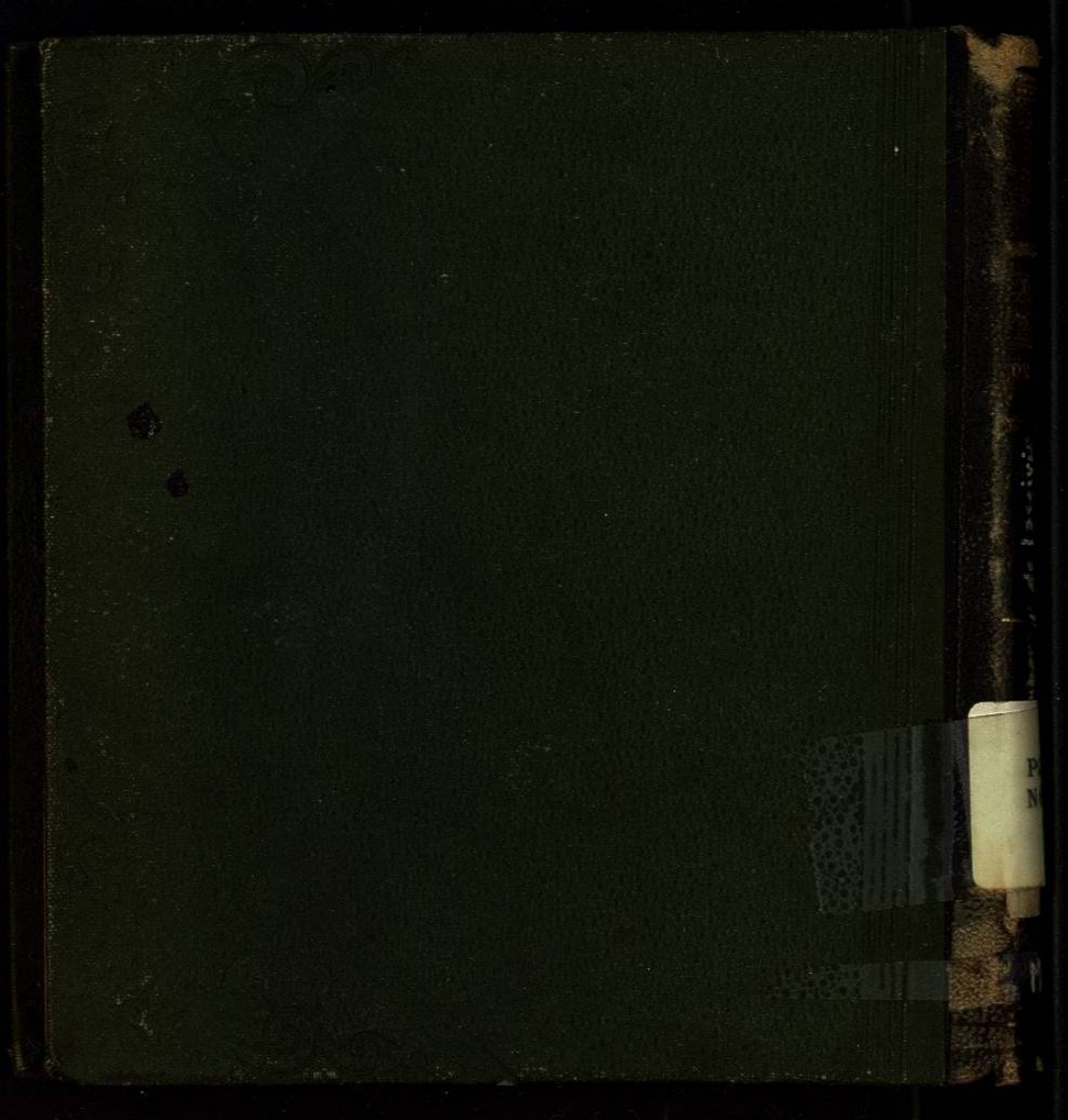
III

Una voz atronadora, me hizo estremecer. Prudencio había entrado en el salón radiante como siempre, y me tendía las manos

ESPECULACIONES AMOROSAS

manos. Mirándome á los ojos con solapada expresión, propia de ciertas confianzas, y haciendo un gesto de Napoleón, me hizo reparar en su lujo, en su parque y en las tres mujeres que volvieron á dejarse ver; luego con voz triunfante y llena de orgullo, exclamó:

—¡Quién diría que todo esto lo empezamos con mi mujer y mi cuñada solamente!



P
N